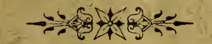
CESÁREO SAENZ BALMASEDA

La dama de la Cruz Roja ó Un idilio en la guerra.

EPISODIO DRAMATICO

EN UN ACTO Y EN VERSO



MADRID
TIP. MORA-ZABALLOS
Bailén, núm. 51.
1916

LA DAMA DE LA CRUZ ROJA

Ó

UN IDILIO EN LA GUERRA

EPISODIO DRAMATICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

CESÁREO SAENZ BALMASEDA



MADRID
TIPOGRAFIA MORA-ZABALLOS
Bailén, núm. 51.
1916

Dedicatoria.

Al Centro general de Pasivos de España, á su generoso protector, el Excelentísimo Sr. Capitán general, D. Fernando Primo de Rivera, y al ilustre Presidente del Centro, Excmo. Sr. D. César Ordás Avecilla, como prueba sincera y leal de afecto y compañerismo.

Cesáreo Saenz Balmaseda.

PERSONAJES

CARMEN, Hermana de la Cruz Roja.
AMALIA, Idem íd.
D. LUIS, Presidente de la Cruz Roja.
D. BELTRAN, Coronel.
ALBERTO, Teniente.
SANCHEZ, Asistente.
MARTIN, Oficial carlista.
DIEGO, Socio de la Cruz Roja.

Heridos de ambos bandos y auxiliares de la Cruz Roja.

La escena en una ambulancia.
Epoca: 1874.



ACTO ÚNICO

Interior de una ambulancia al frente de un campamento. Ventana en el fondo, en la cual ondea la bandera de la Cruz Roja. A la derecha, en primer término, dos sillones y una mesa con frascos, hilas, vendas y otros efectos. En segundo término puerta de entrada. A la izquierda dos puertas que conducen á las salas de heridos. Rumor de lejana batalla.

ESCENA PRIMERA

D. LUIS mirando con un anteojo desde la ventana. CARMEN y AMALIA preparando efectos en la mesa, enfermeros armando camillas.

D. LUIS. Otra vez empieza el fuego
y se redobla el furor.
¡Dios mío! que en estas luchas
gastemos nuestro valor.
(A Carmen y Amalia.)
Preparad hilas y vendas
que han vuelto á trabar la acción,
y va á correr mucha sangre...
¡sangre del pueblo español!
(Vuelve á mirar desde la ventana.)

AMALIA. ¿Y no hay poder que lo evite?

CARMEN. Amalia, temblando estoy.

AMALIA. ¡Oh! quiera Dios que se aplaque
ese guerrero furor,
y que reconozcan todos
que todos hermanos son.

CARMEN. Si; que en tan rudos combates
muere de España la flor,
y se esquilma y empobrece
esta mísera nación.
¡Ay! cuánta madre sin hijo,
cuánta virgen sin amor
quedarán en esta lucha,
pérfida, cruel y atroz.
Negros serán los laureles
que adornen del vencedor
la frente, triste y sombría,
si es verdadero español.

AMALIA. Y el que la victoria alcance
tras un combate feroz,
rubor llevará en el rostro
y luto en el corazón.

(Crece el ruido de la batalla.)

D. LUIS. ¿Oís? Arrecia la lucha
y yo al campamento voy,
que impone grandes deberes
la humanitaria misión
de que estamos encargados
y es preciso cumplirla hoy,
que nuestros nobles servicios
tan indispensables son.
Mientras yo presto los míos
donde el peligro es mayor,
vosotras, con santo celo,
cuidaréis de esta mansión,
que es asilo hospitalario
de caridad y de amor.

CARMEN. No temas, querido padre,
así lo haremos las dos,
que el mismo amor por el triste
sentimos Amalia y yo.
¿Es verdad, amiga mía?

AMALIA. Sí; que en más de una ocasión
lo hemos demostrado juntas.

D. LUIS. Satisfecho de ello estoy.

CARMEN. Y si necesario fuera
un sacrificio mayor,

gustosas lo aceptaremos
con sincera abnegación.

D. LUIS. Bien se yo que en vuestras almas,
puras como el mismo sol,
anidan á un mismo tiempo
la caridad y el amor.
No soy yo quien lo pregona,
lo dicen en alta voz,
los heridos, que encontraron
en vosotras salvación.
¿Recuerdas aquel teniente
que de este albergue salió,
bendiciendo tu cariño
y olvidando su dolor?

CARMEN. ¡Cómo no he de recordarle!
(A Amalia en voz baja.)
Sospecha nuestra pasión.

AMALIA. No temas.

D. LUIS. (Dirigiéndose á los enfermeros.)
¿Estan dispuestas
las camillas?

ENFERM. Sí, señor.

D. LUIS. Pues cargad presto con ellas
y vamos sin dilación
camino del campamento
que espera nuestra labor.

CARMEN. No expongas tanto tu vida
como acostumbras.

D. LUIS. No, no.
¡Adios! y hasta mi regreso.
(Abraza á Carmen y abraza a Amalia.)

CARMEN. ¡Adios! Vuelve pronto.

AMALIA. ¡Adios!
(Vánse derecha.)

ESCENA II

CARMEN Y AMALIA.

CARMEN. Por los dos siento zozobras,
por los dos temblando estoy.

AMALIA. Tranquilízate, mi amiga,
que en tan grave situación,
es fuerza que sustituye
el heroísmo al amor.
Revístete de energía,
ten confianza en tí y en Dios
y luchemos frente á frente
con la muerte y el dolor.

CARMEN. Es verdad, amiga mía,
eres más fuerte que yo.

AMALIA. Mis enfermos me reclaman,
Carmen, te dejo y me voy. (Váse.)

ESCENA III

CARMEN. (Agita un pañuelo desde la ventana como despidiendo á su padre que se aleja.)

Ve en paz, anciano querido,
angel de paz en la tierra
desdichada,
y auxilia al mísero herido,
que es víctima de la guerra
despiadada.
Dios premiará con usura
esos desvelos prolijos
por el triste,
mientras lloran de ternura
las madres á cuyos hijos
socorriste.
¡Pobres de los que pelean
como tigres inhumanos
en España!
¿Por qué sus armas emplean
contra los propios hermanos
con tal saña?
Los que yacen, cual despojos
de la guerra y sus horrores
en el suelo,
¿á quién volverán sus ojos

cuando lloran sus dolores
sin consuelo?
¿Qué se hará mi bien querido?
Pobre Alberto de mi vida,
mi tesoro.
¿Si volverá á ser herido?
No; la Virgen me lo cuidà,
yo lo adoro.
Tiene un alma tan sencilla,
tiene un corazón tan puro,
tan hermoso,
que en él no cabe mancilla,
que no puede ser perjuro
ni doloso.
Yo recuerdo los momentos
de dolor y de agonía
que pasaba,
y en medio de sus tormentos,
sus ojos me dirigía
y callaba.
¡Ah! yo que enjugué su llanto,
yo que su dolor velaba
cuidadosa,
le he llegado á querer tanto,
que soy de su amor esclava
cariñosa.
El amor que bien se siente
no lo calla ni lo oculta
la cautela.
Quién guardar secretamente
lo quisiera, más lo abulta,
que lo vela.
Por eso triste, anhelante,
suspiro yo noche y día
con desvelo,
y pregunto á cada instante:
¿en donde estás, alma mía,
mi consuelo?

ESCENA IV

CARMEN Y ALBERTO en traje de campaña.

ALBERT. Carmen, heme ya á tu lado.
CARMEN. ¡Alberto!
ALBERT. ¡Luz de mi vida!
CARMEN. ¡Cuánto por tí he suspirado!
¡Qué triste tu despedida!
ALBERT. Al fin ya me has encontrado.
CARMEN. Tu ausencia el alma me parte.
Dime si vas á marcharte,
dímelo ¡por Dios! ahora.
¿Cómo podrás separarte
de tu Carmen, que te adora?
ALBERT. Ayer, que á luchar salí,
supe que estabas aquí
tu noble misión cumpliendo,
y obstáculos mil venciendo,
pude llegar hasta tí.
Aprovechando el momento
en que descansar debía
de mis fatigas sin cuento,
fijo en tí mi pensamiento,
te buscaba el alma mía.
Desde la cumbre cimera
donde el ejército acampa
mirando hacia la pradera,
vi esta casa y la bandera
en que la Cruz Roja campa.
Con el alma conmovida
al mirar esta mansión,
do la caridad anida,
dije: «Allí está la ilusión
que halaga mi triste vida.»
Ansioso y ciego volé
en alas de mi deseo;
sendas mil atravesé,
amor guiaba mi pié
y á tu lado al fin me veo.
CARMEN. ¿Y volverás á marchar?

ALBERT. Sí, Carmen; ese es mi sino
que no es posible variar.
CARMEN. ¿Y qué haré sola?
ALBERT. Llorar
los rigores del destino.
CARMEN. ¡Ah! ¿por qué te conocí?
¿Por qué sin pensar te amé?
En mal hora para mí
tus virtudes admiré
desde el punto en que te ví.
Triste y sola yo vivía,
cual flor en desierto suelo,
y en mi existencia sombría,
si el placer no conocía,
no me devoraba el duelo.
Dormía mi alma tranquila,
como las aguas de un lago,
do la luz del sol oscila,
y ahora se agita intranquila
del dolor al crudo amago.
ALBERT. ¿Por qué sufres?
CARMEN. Por tu suerte.
ALBERT. No es mi suerte tan amarga.
CARMEN. Acaso no vuelva á verte,
y, Alberto, la ausencia larga
es más triste que la muerte.
ALBERT. Hablas, hermosa, de ausencia
como si yo te olvidara,
y con fría indiferencia
sin pensar en tí pasara
los días de mi existencia.
Cese, pues, ese tormento.
¿No sabes, dulce bien mío,
que nunca de tí me ausento?
Si cuando más me desvío
te llevo en el pensamiento.
Recuerdo la vez primera
que impresionaste mi alma.
Pálida como la cera,
del lecho en la cabecera
me dabas salud y calma.

Cuando mi herida inclemente,
desgarradora y doliente
casi delirar me hacía,
miraba tu casta frente
y el amor me sonreía.
¿Cómo, Carmen, olvidar
podré tu mágico encanto,
la ternura singular
con que enjugaste mi llanto
cuando me tocó llorar?
Y hoy que debo, alma mía,
toda mi existencia entera
¿crees que á olvidarte iría?
¡Oh! si tan ingrato fuera
ni perdón de Dios tendría.

CARMEN. Nunca en la fé de tu honor
puse duda, te lo juro.
¿Cómo dudar de un amor
que ha nacido en el dolor
de un corazón noble y puro?
Mas porque tu amor poseo,
porque con afán te adoro,
porque suspirar te veo,
yo, que tu dicha deseo,
por eso, por eso, lloro. (Sollozando.)

ALBERT. Calla, mi prenda hechicera,
no me hagas también llorar,
que si mi padre me viera,
por cobarde me tuviera...
¡Ah! cobarde y militar.
Ni aun imaginarlo puedo;
yo, que nunca tuve miedo;
yo, que escalé el Monte Jurra
gritando: soldados, ¡Hurra!
con patriótico denuedo.
¡Yo, que en el combate rudo,
con el acero desnudo
iba tomando trincheras,
poniendo el pecho de escudo
á las balas traicioneras!...

CARMEN. Llora del alma el quebranto,

que no es cobarde el que llora,
el que vierte en dulce llanto
todo el sentimiento santo
que el corazón atesora.
Y si fortuítos azares
nos separan, dueño mío,
derrama tu llanto á mares;
porque es el llanto rocío
que templa nuestros pesares.

ALBERT. Si, Carmen, tienes razón.
¡Ay! la dicha en este mundo
es efímera ilusión.
Tal vez nuestro corazón
llore con dolor profundo.

CARMEN. ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que dices?
¿Me ocultas algo?

ALBERT. No... nada.

CARMEN. Alberto, ¿no soy tu amada?

ALBERT. No podemos ser felices,
Carmen.

CARMEN. ¡Suerte infortunada!

ALBERT. Ayer á mi padre hablé
de tí, de mi amor, del tuyo...
mas de su labio escuché
que no nos otorga.....

CARMEN. ¿Qué?

ALBERT. El consentimiento suyo.

CARMEN. Podrá un padre, en su egoísmo,
privar con tirano acento
la expresión de un sentimiento,
mas no el sentimiento mismo.

ALBERT. Carmen, óyeme un momento.
¿Me juzgas acaso infiel
cuando es mi mayor martirio
la separación cruel?
¡Si no tengo más delirio
que el de ser tu esposo fiel!

CARMEN. Tu declaración sincera
me hace recobrar la calma.

(Oyese el timbre lejano de las cornetas que tocan llamada.)

ALBERT. ¡Ah! me llama mi bandera.

(Tiende los brazos á Carmen que se arroja en ellos.)

¡Adiós, prenda mía!

(Deshaciéndose de ella con sentimiento.)

CARMEN. ¡Espera!
¡Favor! ¡Me roban el alma!

(Corre á la ventana, mira un momento al campo é inclina la cabeza sobre el borde de la ventana, abatida por el peso del dolor.)

ESCENA V

CARMEN Y AMALIA.

AMALIA. ¡Carmen! ¡Carmen! ¿Qué te ocurre?
¿Por qué lloras?

CARMEN. ¡Ay! amiga,
qué pronto el placer se pasa,
qué poco dura la dicha.

AMALIA. ¿Te aflige algún desengaño?
¿Lamentas una perfidia?

CARMEN. Es más triste.

AMALIA. No comprendo.
¿Perdiste el bien de tu vida?

CARMEN. No le perdí; pero puedo
perderlo, por mi desdicha.
Ya sabes que es militar
y que su deber le obliga.

AMALIA. ¿Pero á que viene todo eso?
¿Tienes alguna noticia
fatal de la acción sangrienta
que en este instante se libra,
ó son nada más recelos,
hijos de tu fantasía?

CARMEN. Yo no se lo que es, Amalia;
pero el terror me aniquila,
la zozobra me devora
y la inquietud me asesina.
Hace poco estuvo aquí,
á mi lado, tan cerquita,
que su aliento con el mío

en uno se confundían,
cuando un toque de corneta,
¡maldita guerra! ¡maldita!
lo arrebató de mi lado
quizá para siempre, amiga.

(Echándose en brazos de Amalia.)

AMALIA. No pierdas las esperanzas,
no te apures ni te aflijas,
que muchos van á la guerra
y á casa vuelven con vida.

(Oyese ruido de voces fuera.)

Pero ¿qué rumor es ése?

(Asomándose á la ventana.)

Vienen aquí. Mira, mira.

CARMEN. (Asomándose también.)
¡Son heridos! ¡Cielo santo!
¡Mi Alberto!

AMALIA. Siempre la misma.
¿A qué adelantar pesares
sino sabes todavía
si son tirios ó troyanos,
los que vienen en camilla?

CARMEN. Sí, tienes mucha razón;
pero esta duda maldita,
sin poderlo remediar,
siempre á pensar mal me inclina.

AMALIA. Aquí están.

CARMEN. ¡Jesús, qué horror!

AMALIA. Animo y valor, amiga.

(Empiezan desfilar varios heridos, entre ellos D. Beltran, conducido por dos enfermeros, Martín con un brazo en cabestrillo y Diego que los acompaña.)

ESCENA VI

CARMEN, AMALIA, D. BELTRÁN, MARTIN, DIEGO, HERIDOS Y ENFERMEROS

DIEGO. Ya están ustedes en salvo;
la Cruz Roja les cobija.
Descansad, que la jornada
ha doblado la fatiga.

CARMEN. A este anciano coronel
colocadlo en esa silla,
que, por lo visto, es el que
más cuidados necesita.

AMALIA. Estos, que son menos graves,
pasarán á la contigua
sala

MARTÍN. Esperando sus órdenes
quedamos para cumplirlas.

DIEGO. (Dirigiéndose á todos los heridos.)
En medio de su desgracia,
tienen ustedes la dicha
de estar bajo la tutela
de enfermeras tan divinas,
que porque ellas les curasen
alguien recibiera heridas.

AMALIA. Gracias mil por la lisonja.

DIEGO. No es lisonja, que es justicia.

CARMEN. (A la cabecera de D. Beltrán.)
¿Qué tal se encuentra?

BELTRÁN. ¿Quién eres?
¿Dónde estoy? ¿Quién me vigila?

CARMEN. Cálmese usted, buen anciano,
que está aquí entre gente amiga.

BELTRÁN. ¿Han tomado la trinchera?

CARMEN. Delira el pobre.

DIEGO. Delira.

CARMEN. Dejarle solo conviene.

LOS HER. Sí, sí. (Se disponen á salir.)

AMALIA. Por aquí. (Señalando la izquierda.)

MARTÍN. En seguida.

DIEGO. (A los enfermeros.)
Y nosotros, pues dejamos
nuestra misión ya cumplida,
vámonos, que el campamento
reclama nuestra visita.
A vuestros cuidados quedan.

CARMEN. Id con Dios.

DIEGO. Hasta la vista.

(Los enfermeros y Diego salen por la derecha; los heridos, acompañados de Amalia, vánse por la izquierda.)

ESCENA VII

CARMEN Y D. BELTRÁN.

CARMEN. Pobre viejo, siento pena
de verle tan abatido.
No me atrevo á preguntarle...

BELTRÁN. ¿Dónde estoy? ¿Quién me dió asilo?
(Mira con atención á Carmen.)
¿Eres ángel ó mujer?

CARMEN. Continúa en su delirio.

BELTRÁN. ¿Dónde está, que no le veo,
aquel anciano bendito
que ha restañado la sangre
que por la Patria he vertido?

CARMEN. Sin duda alude á mi padre
que tal vez lo ha recogido.

BELTRÁN. En medio de mi dolor,
tengo el consuelo infinito
de ver á mi lado siempre
rostros risueños y amigos.
Mas, dime, hija mía: ¿quién
á mi lado te ha traído?
Dime quién es. ¡Ah! yo quiero
bendecirte y bendecirlo.

CARMEN. Una noble asociación
que tiene el signo de Cristo
por emblema: la Cruz Roja.

BELTRÁN. Es cierto, es cierto. Yo he visto
entre el humo de la pólvora
flotar el celeste signo.
Pero aquél que me ha curado,
¿dónde está? ¿Dónde se ha ido?

CARMEN. Señor, aquél es mi padre.

BELTRÁN. Sea mil veces bendito.
Con cuánta razón se dice
que de tal padre tal hijo.
Mucha gratitud os debo
y jamás daré al olvido
lo que habéis hecho por mí.

CARMEN. No vuelva usted á repetirlo.
Lo que más importa ahora
es que descanse tranquilo
para recobrar las fuerzas.
Voy á darle un específico.
(Toma un frasquito de la mesa y se lo da a beber.)
que presta vigor al cuerpo
y da expansión al espíritu.
Beba usted... ¿Qué tal le sabe?
BELTRÁN. Muy bien. Gracias, angel mío.
Deja que bese esa mano
de quien la salud recibo.
CARMEN. Con él podrá conciliar
el sueño, que es tan preciso.
BELTRÁN. Sí; que mi fatiga es grande
y reposar necesito.
CARMEN. Recline usted su cabeza
aquí (Señalando el testero del sillón.)
y ahora quietecito,
duerma usted, que yo le velo;
duerma usted, que yo le cuido.
(Se reclina y queda adormecido.)

ESCENA VIII

CARMEN, D. BELTRÁN Y MARTÍN.

MARTÍN. Señorita...
CARMEN. ¡Chits! Más bajo.
MARTÍN. ¿Duerme tal vez?
CARMEN. Ahora mismo
del dolor, la calentura
como al león, lo ha rendido.
¿Quería usted verle?
MARTÍN. Sí;
pero si duerme, no insisto.
¡Pobre anciano! Qué valiente
hace un momento lo he visto.
¡Qué energía en su semblante,
y ahora ¡infeliz! ¡qué abatido!
CARMEN. ¿Se conocían ustedes?

MARTÍN. Vergüenza siento al decirlo.
CARMEN. ¿Por qué?
MARTÍN. Porque mútuamente
ambos nos hemos herido.
CARMEN. ¡Qué horror!
MARTÍN. Es ley de la guerra.
CARMEN. Bárbara ley que abomino.
MARTÍN. Defendiendo una trinchera
me encontraba, y de improviso,
al frente de sus soldados
escala bravo el recinto
y la rendición me intima.
El ataca, yo resisto;
cruza contra mí su acero,
disparo contra él un tiro,
y ambos, en sangre bañados,
rodamos á un tiempo mismo.
CARMEN. ¡Jesús!
BELTRÁN. (Exhalando un suspiro.) !Ay!
CARMEN. ¿Qué tiene usted?
MARTÍN. Todo, sin duda, lo ha oído.
(Los dos rodean á D. Beltran.)
CARMEN. ¡Ea! Ya estoy á su lado.
BELTRÁN. (Mirando alternativamente á Carmen y á Martín.)
¡Tú también estás herido!
MARTÍN. En la acción de esta mañana.
BELTRÁN. Lo mismo que yo.
MARTÍN. Lo mismo.
BELTRÁN. Pero eres de mis contrarios.
MARTÍN. Si es que ofendo, me retiro.
BELTRÁN. ¿Por qué te has de retirar?
No, ni soñarlo he podido.
Los males y las desgracias
no conocen enemigos;
que todos somos hermanos
en el dolor, hijos míos.
CARMEN. Alma generosa y grande.
BELTRÁN. Pero observo...
MARTÍN. Ya colijo:
que soy yo quien hirió á usted
y usted el que á mí me ha herido.

BELTRÁN. Cierto. Lamentar debemos
juntos tales extravíos.

CARMEN. Si os tenéis por racionales,
¿por qué razonar á tiros?

MARTÍN. Es verdad lo que tú dices,
y ese argumento sencillo
debiera de convencernos;
pero es loco desatino
el pretender que los hombres
dejen de ser lo que han sido.
Mientras nosotros luchamos
y con bárbaro heroísmo
á destrozarnos corremos,
tú consagras tu cariño
á restañar esa sangre
que inicuamente vertimos.
(Pausa.)
¡Ay!... que me faltan las fuerzas...
no puedo hablar... me fatigo...

CARMEN. Probemos entre los dos
si podemos conducirlo
al lecho, para que allí
pueda descansar tranquilo.
(Carmen y Martín toman á D. Beltrán de un brazo y le conducen por la izquierda.)
¡Vaya! Un poco de valor.

MARTÍN. Así, así.

CARMEN. Despacito. (Vánse.)

ESCENA IX

SÁNCHEZ (con una maleta) y después CARMEN.

SÁNCHEZ. (En el dintel de la puerta.)
¿Se pué pasar? Si no hay naide.
Pues, señor, estoy lucido.
Yo no suelto la maleta
manque me peguen un tiro.
Tién que hacerse cargo de ella
y tién que darme un recibo
pa poder yo responder.

Pero ¿y á quién me dirijo,
si no habrá más que señoras
y enfermos en este sitio?
Esto es un problema, Sánchez.
Voy á ver si lo descifro.
(Llamando.)
¡Mi capitán! ¡Mi primero!

CARMEN. ¿Quién es?
SÁNCHEZ. ¿Da usté su premiso?
CARMEN. Adelante.
SÁNCHEZ. Tantas gracias.
CARMEN. Es usted un hombre cumplido.
SÁNCHEZ. ¿Cumplido? Pues ya lo creo.
Con siete meses y er pico.
Yo soy Sánchez. ¿Sabe usté?
CARMEN. Lo sé porque usted lo ha dicho.
SÁNCHEZ. Señora, si en too er Norte
es Sánchez mu conosío.
CARMEN. Pues yo no tenía el gusto...
SÁNCHEZ. Gracias. El gusto es el mío.
CARMEN. Bien. ¿Y qué objeto le trae?
SÁNCHEZ. Le diré á usté er motivo
que me guía á esta ambulancia.
CARMEN. ¿Acaso está usted herido?
SÁNCHEZ. Herido del corazón
y del alma.
CARMEN. ¡Jesucristo!
SÁNCHEZ. ¿Dónde dejo esta maleta?
que á eso es á lo que he venido.
CARMEN. Déjela donde usted quiera;
segura está en cualquier sitio.
SÁNCHEZ. (Coloca la maleta debajo de la mesa.)
¡Ay de mí!
CARMEN. ¿Qué le suce e?
SÁNCHEZ. Perdóneme este jipío,
que sale der corazón
donde se engendra er cariño
CARMEN. Pero ¿qué es lo que le pasa?
SÁNCHEZ. Naita.
CARMEN. ¿Va usted á decirlo?
SÁNCHEZ. ¡Ay! Que me ajoga la pena.

CARMEN. ¿Tanta su desgracia ha sido?
SÁNCHEZ. Mu grande.
CARMEN. Dígala pronto.
SÁNCHEZ. ¡Que han muerto á mi señorito!
CARMEN. ¡Jesús! ¿Y quién era tu amo?
SÁNCHEZ. ¿Que quién era? Va usté á oirlo.
Un jefe, señora mía,
más bueno que er pan bendito,
que quería á sus sordaos
como una mare á sus hijos.
CARMEN. Con razón le lloras tanto.
SÁNCHEZ. ¡Morir sin haberle visto!
¡Sin darle el último beso,
ni recoger su suspiro!
¡Qué desgrasiao eres, Sánchez!
¡Ay!... Perdóneme el jipío.
CARMEN. Mas ¿cómo le abandonaste
en las horas de peligro?
SÁNCHEZ. ¿Yo?... ¿Sánchez abandonarle?...
CARMEN. Por lo que cuentas lo digo.
SÁNCHEZ. Mire usté: al entrar en fuego,
yo iba con él, y me dijo:
«Sánchez, nájate de aquí,
que esto va mal, y es preciso
que pongas á buen recaudo
lo que contiene ese lío,
(Señalando la maleta.)
pues aunque poco, es el único
patrimonio de mis hijos,
que el militar siempre lleva
toa la casa consigo.»
«¿Dónde voy con él?», pregunto
«A la ambulancia», me dijo.
Salgo de allí de estampía
pa golver al mismo sitio,
cruzando á campo traviesa
veredas, breñas y riscos;
y cuando, con mil rodeos,
ya la carretera enfilo,
tropiezo con un sordao
de la cuarta, en el camino,

que me dice: «¿Dónde vas?
¿Sabes lo que pasa, chico?
Que á la columna de ataque
que manda tu señorito,
la han richazao, porque tu amo
cayó á los primeros tiros.»
Dende entonces, ya no se
lo que hago ni lo que digo.

CARMEN. El caso no es para menos.

SÁNCHEZ. ¡Ay!... ¡Ay!...

CARMEN. Sosiéguese, amigo.
¿Ha dicho usted que era un jefe?

SÁNCHEZ. Sí, señora, y mu antiguo.

CARMEN. Ahi dentro hay un coronel,
mas no muerto, sino herido.

SÁNCHEZ. ¿Dónde, dónde? Quiero verle.
Si fuera mi amo, ¡Dios mío!
iba á besar á usté...

CARMEN. ¡Como!

SÁNCHEZ. Donde usted pisa, cielito.

CARMEN. (Señalando hacia la puerta.)
Míralo en aquella cama

SÁNCHEZ. ¡Señorita, si es el mismo!
(Vase precipitadamente.)

ESCENA X

CARMEN.

¡Ay! me contrista y aterra
cuanto pasa en esta lucha.
Sólo por doquier se escucha
el nombre infausto de guerra.
Ya por el valle y la sierra
que vegetaban lozanos,
de las cumbres á los llanos,
en caudalosas vertientes,
se ve correr á torrentes
sangre de nuestros hermanos.
Sin dar tregua á su furor
el hispano, en su coraje,
lucha, cual fiera salvaje,

con indónito valor.
Ni el acero matador
ni el cañón, que ronco zumba,
cuando las masas derrumba,
le hacen que desista humano
de ese propósito insano
de abrirse él propio la tumba.
En tanto la pobre España
tras hondos males prolijos,
se va quedando sin hijos
en esta ruda campaña.
No hay aldea ni montaña
en cuyo retiro santo
no se escuchen con quebranto
los ayes de cien heridos,
de cien viudas los gemidos,
de cien huérfanos el llanto.
¡Ay! el alma se consterna,
se hace el corazón pedazos
al ver á un joven sin brazos,
al ver al otro sin pierna.
¡Pobre España! en lucha eterna
ha tiempo empeñada viene;
nadie la sangre detiene
que está sin dique corriendo,
y tanta al fin va vertiendo,
que apenas ya sangre tiene.

ESCENA XI

CARMEN Y ALBERTO.

ALBERT. Carmen ¡por Dios! mitiga mi quebranto;
siempre á tus brazos el dolor me guía.
CARMEN. ¿Qué tienes que tus ojos vierten llanto?
ALBERT. Fatal ha sido para mí este día.
CARMEN. ¿Qué nueva desventura nos aflige?
ALBERT. La más cruel que el cielo pudo darme.
CARMEN. Dímela pronto; mi ansiedad lo exige.
ALBERT. Que la mano de Dios quiso probarme.
Nunca tranquilo del placer se goza.

CARMEN. ¿Pero quieres matarme con la duda?
ALBERT. ¡Ay! que mi triste corazón destroza
terrible pena, como el dardo aguda.
CARMEN. ¡Por Dios! no me la ocultes un momento.
Abreme el corazón, si eres mi amado.
ALBERT. Si pudieras mirarlo, no te miento,
viéraslo en mil pedazos destrozado.
CARMEN. Aunque el dolor mi corazón taladre,
ya no resisto más; dímelo, Alberto.
ALBERT. ¡He preguntado á todos por mi padre
y todos dicen que mi padre ha muerto!
CARMEN. ¿Con que es verdad? ¡Qué horrible desven-
Ven á llorar conmigo tus dolores. [tura!
ALBERT. ¡Ay! ya me hubiera muerto de amargura
si no me consolaran tus amores.
Sin tí quedara huérfano en el mundo;
tu eres el bello sol de mi esperanza,
y en la borrasca del dolor profundo
me pareces aurora de bonanza.
Por eso en mi añicción busco tus brazos,
cual busca el ave su amoroso nido,
y hoy te vengo á entregar, hecho pedazos,
mi corazón, que para tí ha nacido.
Amarga fuera sin tu amor mi suerte,
sería el mundo tumba mortuoria;
que de mi padre la terrible muerte
llenó de negras sombras mi memoria.
La montaña escalé donde él luchaba.
¿Dó está mi padre? pregunté á la gente,
y en medio del dolor que me angustiaba,
mi padre y tú cruzábais por mi mente.
«Lo hemos visto subir á la montaña»,
dijeron todos; desnudar su acero,
gritar con voz robusta: «¡Viva España!»
y exánime rodar por el otero.
CARMEN. ¡Tristes escenas de la guerra, Alberto!
Tan sólo horror y llanto de ella nacen.
Aquí han traído un anciano...
ALBERT. (Con vivo interés.) ¿Tal vez muerto?
CARMEN. No; pero los dolores le deshacen.
ALBERT. ¿Es militar?

CARMEN. Y en esta acción herido.
ALBERT. Yo lo quiero abrazar.
CARMEN. No, no; detente.
Anhela descansar y se ha dormido.
ALBERT. Pues besaré su venerable frente.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, AMALIA Y SÁNCHEZ que sacan del brazo á D. BELTRÁN.

CARMEN. Pero aquí viene ya. Lástima inspira.
BELTRÁN. ¡Hijo!
ALBERT. ¡Padre del alma!
CARMEN. ¿Será cierto?
ALBERT. ¡Oh! ¡Vives, vives! ¡Todo fué mentira!
¡Y yo afligido te lloraba muerto!
BELTRÁN. Al fin te ven mis ojos. ¡Que ventura!
En tí solo pensaba en mi delirio.
ALBERT. ¡Cuán inmensa habrá sido tu amargura!
BELTRÁN. Tu ausencia hacía triste mi martirio.
En medio del fragor de la batalla,
un anciano curó mi cruda herida,
y hoy que el dolor me rinde y me avasalla,
este angel de piedad me da la vida.
(Señalando á Carmen.)
ALBERT. ¡Ah! ¿Tú también, tesoro de mi alma,
has sido la enfermera de este anciano?
¿Tú en su triste dolor le diste calma?
¡Bendita sea tan divina mano!
AMALIA. Dios premia siempre las acciones buenas.
SANCHEZ. (A Carmen.)
Dejemé usted besar donde usté pisa.
En curándose mi amo ya no hay penas.
CARMEN. La dicha en lontananza se divisa.
ALBERT. (A D. Beltrán.)
Hace un momento, con amargo llanto,
la pérdida lloraba de tu vida;
mas ya que has dado fin á mi quebranto,
padre, ¿me negarás lo que te pida?

BELTRÁN. ¿Qué te puedo negar?
ALBERT. Lo que más quiero,
un día me negates, padre mío,
y tu mandato obedecí ligero
y encadené mi amor y mi albedrío.
Mas la pasión que reprimida calla
y ahoga en el pecho la ansiedad profunda,
cuando con libre voluntad estalla,
cual desbordado mar, todo lo inunda.
Recuerdo el día aquel que me dijiste:
«No tendrás otro amor que el de la guerra»
y entonces yo, desconsolado y triste,
aquí lo sepulté como en la tierra.
(Señalando al corazón.)
Nada ya para mí quise pedirte
y guardando mi amor como un tesoro,
he hallado ocasión en que decirte:
Hé aquí la mujer que tanto adoro.
(Presentando á Carmen.)
BELTRÁN. ¿La que me dió consuelo en mis dolores
es la mujer que adoras? ¡Oh! ¿Qué dices?
Yo bendigo desde hoy esos amores.
ALBERT. ¡Padre!
BELTRÁN. Venid conmigo.
(Forman los tres un grupo.)
¡Sed felices!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL DRAMA